

1 el desorden global

Euro

¿Salir o no salir?

Michel Husson

El desarrollo de la crisis puede resumirse de forma simple: el capitalismo se ha reproducido durante los dos decenios que han precedido a la crisis acumulando una montaña de deudas. Para evitar el hundimiento del sistema, los Estados han asumido lo esencial de estas deudas que de privadas han pasado a ser públicas. Su proyecto es de ahora en adelante presentar la factura a los ciudadanos bajo forma de recortes presupuestarios, de aumento de los impuestos más injustos y de congelación de los salarios. En resumen, la mayoría de la población (las y los trabajadores y jubilados) debe asegurar la realización de beneficios ficticios acumulados durante largos años.

El gusano estaba en la fruta. Querer construir un espacio económico con una moneda única, pero sin presupuesto, no era un proyecto coherente. Una unión monetaria truncada se convierte en una máquina de fabricar heterogeneidad y divergencia. Los países que conocen una inflación superior a la media pierden en competitividad, son incitados a basar su crecimiento en el sobreendeudamiento.

Retrospectivamente, por otra parte, la opción del euro no tenía justificación evidente en relación a un sistema de moneda común, con un euro convertible para las relaciones con el resto del mundo, y monedas reajustables en el interior. En realidad, el euro estaba concebido como un instrumento de disciplina presupuestaria y, sobre todo, salarial. Siendo imposible el recurso a la devaluación, el salario se convertía en la única variable de ajuste.

Sin embargo, el sistema ha funcionado más o menos gracias al sobreendeudamiento y, al menos en un primer momento, a la bajada del euro en relación al dólar. Estos recursos no podían sino agotarse, y las cosas comenzaron a estropearse con la política alemana de deflación salarial que le ha conducido a aumentar su parte de mercado, sobre todo en el interior de la zona euro. Incluso si la zona euro estaba globalmente en equilibrio, ha aumentado el hueco entre los excedentes alemanes y los déficit de la mayoría de los demás

“¿Produzcamos más para poder crear empleos? Es tomar las cosas al revés”

países. Las tasas de crecimiento de los países de la zona euro no se han acercado: han tenido, al contrario, tendencia a diverger, ya desde la puesta en pie del euro.

Esta configuración no era sostenible. La crisis ha acelerado brutalmente los procesos de fragmentación y la especulación financiera, ha hecho aparecer a la luz del día las tensiones inherentes a la Europa neoliberal. La crisis ha profundizado la polarización de la zona euro en dos grupos de países. De un lado, Alemania, los Países Bajos y Austria gozaban de importantes excedentes comerciales y sus déficit públicos seguían siendo moderados. Del otro, se encontraban ya los famosos “PIGS” (Portugal, Irlanda, Grecia, España) en una situación inversa: fuertes déficit comerciales y déficit públicos ya por encima de la media. Con la crisis, los déficit públicos han aumentado en todas partes pero mucho menos en el primer grupo de países que conservan excedentes comerciales. En todos los demás países, la situación se degrada con la explosión de los déficit públicos, y un desequilibrio creciente de la balanza comercial. En Europa, la crisis de las deudas soberanas ha acelerado el giro hacia la austeridad que estaba programado de todas formas. La especulación contra Grecia, luego Irlanda y Portugal no ha sido posible más que porque no ha habido ninguna medida de control de los bancos, ni de toma en cargo conjunta de las deudas a escala europea. Son, por otra parte, los bancos centrales los que proporcionan las municiones, prestando a los bancos al 1% el dinero que será luego utilizado para beneficiarse de la subida de las tasas de interés pagadas por los Estados, y embolsarse la diferencia.

Con el endeudamiento público tomando el relevo al endeudamiento privado, la crisis financiera se reanuda en este terreno. Desde este punto de vista, los planes de salvamento del euro son en realidad planes de salvamento de los bancos europeos que poseen una buena parte de la deuda de los países amenazados. Los ataques especulativos son utilizados como argumento en favor de un paso rápido a planes de austeridad drásticos. Es un sinsentido que no puede desembocar más que en una nueva recesión, incluso en Alemania donde las exportaciones hacia los países emergentes no podrán compensar las pérdidas en los mercados europeos.

En el fondo, los gobiernos europeos no tienen más que un solo objetivo: volver lo más rápidamente posible al *business as usual*. Pero este objetivo no puede ser alcanzado, precisamente porque todo lo que había permitido gestionar las contradicciones de una integración monetaria defectuosa ha sido hecho inutilizable por la crisis. Estos elementos de análisis son hoy bastante ampliamente compartidos. Conducen sin embargo a pronósticos y orientaciones opuestas: estallido de la zona euro, o refundación de la construcción europea.

Por una refundación de Europa

El principio esencial, es la satisfacción óptima de las necesidades sociales. El punto de partida es, pues, el reparto de las riquezas. Desde el punto de vista capitalista, la salida de la crisis pasa por una restauración de la rentabilidad y, por tanto, por una presión suplementaria sobre los salarios y el empleo.

Pero es la parte de la renta nacional sangrada de los salarios la que ha alimentado las burbujas financieras. Y son las contrarreformas neoliberales las que han aumentado los déficit, antes incluso del estallido de la crisis.

Por tanto la ecuación es sencilla: no se saldrá de la crisis por arriba sin una modificación significativa del reparto de las rentas. Esta cuestión viene antes de la del crecimiento. Ciertamente, un crecimiento más sostenido sería favorable al empleo y a los salarios (aún cuando haya que discutir su contenido desde un punto de vista ecológico) pero, de todas formas, no se puede contar con esta variable si, al mismo tiempo, el reparto de las rentas se vuelve cada vez más desigual.

Hay, pues, que atenuar las desigualdades: de un lado, con el aumento de la masa salarial; del otro, con la reforma fiscal. La puesta al día de la parte de los salarios podría seguir una regla de los tres tercios: un tercio para los salarios directos, un tercio para el salario socializado (la protección social) y un tercio para la creación de empleos mediante la reducción del tiempo de trabajo. Esta progresión se haría en detrimento de los dividendos, que no tienen ninguna justificación económica ni utilidad social. El déficit presupuestario debería ser progresivamente reducido, no por un recorte en los gastos, sino por una refiscalización de todas las formas de rentas que han sido poco a poco dispensadas de impuestos. En lo inmediato, el coste de la crisis debería ser asumido por sus responsables o, dicho de otra forma, la deuda debería ser en gran parte anulada y los bancos nacionalizados.

El paro y la precariedad eran ya las taras sociales más graves de este sistema: la crisis los endurece aún más, tanto más cuanto que los planes de austeridad van a provocar recortes en las condiciones de existencia de los más desfavorecidos. Ahí también, un hipotético crecimiento no debe ser considerado como el camino real. ¿Produzcamos más para poder crear empleos? Es tomar las cosas al revés. Hay que operar aquí un cambio total de perspectiva y tomar la creación de empleos útiles como punto de partida. Sea por reducción del tiempo de trabajo en el sector privado o por creaciones de puestos en las administraciones, servicios públicos y colectividades, hay que partir de las necesidades y comprender que son los empleos los que crean riqueza (no forzosamente mercantil). Y esto permite establecer una pasarela con las preocupaciones medioambientales: la prioridad al tiempo libre y la creación de empleos útiles son dos elementos esenciales de todo programa de lucha contra el cambio climático.

La cuestión del reparto de las rentas es, pues, el buen punto de enganche, alrededor de este sencillo principio: “no pagaremos por su crisis”. Esto no

“Dar a entender que la salida del euro podría en sí misma mejorar la correlación de fuerzas en favor de los trabajadores es el error de análisis fundamental”

tiene nada que ver con un “relanzamiento por los salarios”, sino con una defensa de los salarios, del empleo y de los derechos sociales sobre la que no debería haber discusión. Se puede entonces plantear la noción complementaria de control: control sobre lo que hacen de sus ganancias (entregar dividendos o crear empleos); control sobre la utilización de los impuestos (subvencionar a los bancos o financiar los servicios públicos). El desafío es cambiar la orientación de la

defensa al control y sólo esta reorientación puede permitir que el cuestionamiento de la propiedad privada de los medios de producción (el verdadero anticapitalismo) adquiera una audiencia de masas.

Como resume bien Özlem Onaran^{1/}: “*Emerge un consenso entre las fuerzas anticapitalistas europeas alrededor de una estrategia fundada en cuatro pilares: 1) resistencia a las políticas de austeridad; 2) reforma fiscal radical y control de los capitales; 3) nacionalización /socialización de los bancos bajo control democrático; 4) auditoría de la deuda bajo control democrático seguida de un eventual default (suspensión de pagos)*”.

¿Salida del euro?

¿Cuál sería la ventaja de una salida del euro? El argumento principal es que haría posible una devaluación de la nueva moneda que restablecería la competitividad del país considerado. Devolvería al Banco central la posibilidad de emitir moneda a fin de financiar de otra forma su déficit. Los más optimistas ven ahí un medio de reindustrializar una economía, de alcanzar un crecimiento más elevado y de crear empleos.

La fusión de las monedas nacionales en el seno del euro ha retirado una variable de ajuste esencial, la tasa de cambio. Los países cuya competitividad-precio retrocede no tienen otro medio, en el marco europeo actual, que el freno de los salarios y la huída hacia adelante en el endeudamiento. Es cierto, pero eso no impide que el guión de salida del euro sea incoherente.

La salida del euro no resolvería en nada la cuestión de la deuda y, al contrario, la agravaría en la medida en que la deuda a no residentes sería inmediatamente aumentada con la tasa de devaluación. La reestructuración de la deuda debería pues, en cualquier caso, ser realizada antes de la salida del euro.

Volver a una moneda nacional en el caso de países que registran importantes déficit exteriores les somete directamente a la especulación sobre la mone-

^{1/} Onaran, Ö. (2011) “An internationalist transitional program towards an anti-capitalist Europe”, *International Viewpoint*, 435, abril 2011. Disponible en: <http://internationalviewpoint.org/spip.php?article2096>

da. La pertenencia al euro tenía al menos la ventaja de preservar a los países de esos ataques especulativos: así el déficit comercial de España había llegado al 9% del PIB sin efecto, evidentemente, sobre “su” moneda.

Una devaluación hace los productos de un país más competitivos, en cualquier caso hacia los países que no devalúan. Sería preciso pues que la salida del euro no afectara más que a un pequeño número de países. Es pues una solución nacional no cooperativa en la que un país intenta ganar partes de mercado sobre sus socios comerciales. Pero una devaluación hace aumentar los precios de las importaciones, que repercuten sobre la inflación interna y puede anular en parte las ganancias de competitividad sobre los precios a la exportación. El economista Jacques Sapir, que ha establecido un plan de salida del euro para Francia^{2/}, reconoce que la inflación “*impondrá devaluaciones regulares (todos los años o cada 18 meses)*” para mantener la tasa de cambio real constante. Esto equivale a aceptar un bucle inflación-devaluación sin fin. La competitividad de un país se basa en elementos materiales: las ganancias de productividad, la innovación, la especialización industrial, etc. Pensar que la manipulación de las tasas de cambio puede bastar para asegurar la competitividad es, en gran medida, una ilusión. Es por lo que no hay casi ninguna experiencia de devaluación que no se haya traducido en un aumento de la austeridad que recae en definitiva sobre los asalariados. Para que la devaluación sirva para poner en marcha un reparto diferente de las rentas y un modelo diferente de crecimiento, sería necesario que las correlaciones de fuerzas sociales hayan sido profundamente transformadas. Hacer de la salida del euro una cuestión previa equivale, pues, a invertir las prioridades entre transformación social y tasa de cambio. Hay ahí un deslizamiento extremadamente peligroso. En su documento, Jacques Sapir subraya que la “*nueva moneda debería entonces ser insertada en los cambios de política macroeconómica e institucional (...) si se quiere que dé todos los efectos esperados*”. Entre esos cambios, cita una recuperación de los salarios, el mantenimiento de los sistemas sociales, un control estricto de los capitales, la requisa del Banco de Francia, el control del Estado sobre los bancos y los seguros. Pero todas estas medidas deberían haber sido impuestas antes incluso de todo proyecto de salida del euro.

Por otra parte, un gobierno de transformación social cometería un terrible error estratégico comenzando por salir del euro, puesto que se expondría así a todas las medidas de represalia.

Políticamente, es muy grande el riesgo de dar una legitimidad de izquierda a los programas populistas. En Francia, el Frente Nacional hace de la salida del euro uno de los ejes de su política. Enlaza con una lógica nacional-socia-

^{2/} Sapir, J. (2011) “S’il faut sortir de l’Euro, document de travail, 6/04/2011”. Disponible en : <http://gesd.free.fr/sapirsil.pdf>

“ Ahí se sitúa el verdadero debate: ¿cuál es, en la escala del radicalismo, la posición del cursor que mejor permite movilizar?”

lista que combina el discurso xenófobo con una lectura que hace de la integración europea la fuente exclusiva de todos los males económicos y sociales.

Es el fondo de la cuestión. La mundialización y la integración europea neoliberales refuerzan la correlación de fuerzas a favor del capital. Pero no es posible hacer de ello la causa única, como si un mejor reparto de las riquezas pudiera

establecerse espontáneamente, en el interior de cada país, con la única condición de tomar medidas proteccionistas. Dar a entender que la salida del euro podría en sí misma mejorar la correlación de fuerzas en favor de los trabajadores es en el fondo el error de análisis fundamental. Basta sin embargo considerar el ejemplo británico: la libra esterlina no forma parte del euro, pero eso no pone a la población al abrigo de uno de los planes de austeridad más brutales de Europa.

Los partidarios de la salida del euro plantean otro argumento: la salida del euro sería una medida inmediata, relativamente fácil de tomar, mientras que una perspectiva de refundación europea sería algo inalcanzable. Este argumento deja de lado la posibilidad misma de una estrategia de ruptura, que no presupone que se produzca de forma simultánea en todos los países europeos.

Por una estrategia de ruptura y de extensión

La opción parece, pues, estar entre una aventura azarosa y una armonización utópica. La cuestión política central es entonces salir de ese dilema. Para intentar responder a ello, hay que trabajar la distinción entre los fines y los medios. El objetivo de una política de transformación social es, una vez más, asegurar al conjunto de las y los ciudadanos una vida decente en todas sus dimensiones (empleo, salud, jubilación, vivienda, etc.). El obstáculo inmediato es el reparto de las rentas que hay que modificar en la raíz (entre beneficios y salarios) y corregir a nivel fiscal. Es preciso, pues, tomar un conjunto de medidas que apunten a deshinchar las rentas financieras y a realizar una reforma fiscal radical. Estos objetivos pasan por la puesta en cuestión de los intereses sociales dominantes, de sus privilegios y este enfrentamiento se desarrolla ante todo en un marco nacional. Pero las bazas de la clase dominante y las medidas de represalia posibles superan ese marco nacional: se invoca inmediatamente la pérdida de competitividad, las fugas de capitales y la ruptura con las reglas europeas.

La única estrategia posible debe entonces apoyarse en la legitimidad de las soluciones progresistas, que resulta de su carácter eminentemente cooperativo. Todas las recomendaciones neoliberales remiten en última instancia a la bús-

queda de la competitividad: hay que bajar los salarios, reducir las “cargas” para, a fin de cuentas, ganar partes de mercado. Como el crecimiento será débil en el período abierto por la crisis en Europa, el único medio para un país de crear empleos, será quitárselos a los países vecinos, tanto más cuanto que la mayoría del comercio exterior de los países europeos se hace en el interior de Europa. Es cierto incluso para Alemania (primero o segundo exportador mundial con China), que no puede contar sólo con los países emergentes para tirar de su crecimiento y de sus empleos. Las salidas de crisis neoliberales son, pues, por naturaleza no cooperativas: no se puede ganar más que contra los demás, y éste es por otra parte el fundamento de la crisis de la construcción europea.

En cambio, las soluciones progresistas son cooperativas: funcionan tanto mejor en la medida en que se extienden a un mayor número de países. Si todos los países europeos redujeran la duración del trabajo y aumentararan los impuestos a las rentas del capital, esta coordinación permitiría eliminar las consecuencias a las que sería expuesta esta misma política llevada a cabo en un solo país. La vía a explorar es, pues, la de una estrategia de extensión que podría seguir un gobierno de la izquierda radical:

1) Se toman unilateralmente las “buenas” medidas (por ejemplo, un impuesto sobre las transacciones financieras).

2) Se les añaden medidas de protección (por ejemplo, un control de los capitales).

3) Se acepta el riesgo político de infringir las reglas europeas.

4) Se propone modificarlas extendiendo a escala europea las medidas tomadas.

5) No se excluye un pulso y se usa la amenaza de la salida del euro.

Este esquema toma en consideración que no se puede condicionar la puesta en marcha de una “buena” política a la constitución de una “buena” Europa. Las medidas de represalia de todo tipo deben ser anticipadas por medio de medidas que, efectivamente, recurren al arsenal proteccionista. Pero no se trata de proteccionismo en el sentido habitual del término, pues ese proteccionismo protege una experiencia de transformación social y no los intereses de los capitalistas de un país dado frente a la competencia de los demás. Es pues un proteccionismo de extensión, cuya lógica es desaparecer a partir del momento en que las “buenas” medidas sean generalizadas.

La ruptura con las reglas europeas no se hace sobre una cuestión de principio, sino a partir de una medida justa y legítima, que corresponde a los intereses de la gran mayoría y que es propuesta como paso a seguir a los países vecinos. Esta experiencia de cambio permite entonces apoyarse en la movilización social en los demás países y construir así una correlación de fuerzas que puede influir en las instituciones europeas. La experiencia reciente del plan de salvamento del euro ha mostrado, por otra parte, que no había necesidad de cam-

“La opción parece estar entre una aventura azarosa y una armonización utópica. La cuestión política central es salir de ese dilema”

biar los tratados para dejar de lado un cierto número de sus disposiciones.

La salida del euro no es ya, en este esquema, un previo. Es, al contrario, un arma para utilizar como último recurso. La ruptura debería más bien hacerse sobre dos puntos que permitirían conseguir verdaderos márgenes de maniobra: nacionalización de los bancos y denuncia de la deuda.

Ruptura y refundación

El primer punto de apoyo es la capacidad de atacar los intereses capitalistas: el país innovador puede reestructurar su deuda, nacionalizar los capitales extranjeros, etc., o amenazar con hacerlo. Incluso en el caso de un pequeño país, la capacidad de respuesta es considerable, si se tiene en cuenta la imbricación de las economías y de los mercados financieros. Muchos podrían perder en ello, por ejemplo los bancos europeos en el caso de Grecia. En lugar de arrodillarse literalmente ante las finanzas, Papandreu habría podido entablar un pulso diciendo: “*Grecia no puede pagar, por tanto hay que discutir*”. Es lo que hizo Argentina suspendiendo su deuda en 2001 y obteniendo una renegociación de su deuda.

Pero el principal punto de apoyo residiría en el carácter cooperativo de las medidas tomadas. Es una enorme diferencia con el proteccionismo clásico que intenta siempre en el fondo sacar sus castañas del fuego quitando partes de mercado a sus concurrentes. Todas las medidas progresistas, al contrario, son tanto más eficaces en la medida en que se generalizan a un mayor número de países. Habría pues que hablar aquí de una estrategia de extensión que repose en el discurso siguiente: “*Afirmamos nuestra voluntad de tasar el capital y tomamos las medidas de protección adecuadas. Pero es esperando que esta medida, como la proponemos, sea extendida al conjunto de Europa*”. Es, pues, en nombre de una Europa diferente como sería asumida la ruptura con la Europa realmente existente. Más que oponerlas, hay que reflexionar sobre la articulación entre ruptura con la Europa neoliberal y proyecto de refundación europea.

El proyecto y la correlación de fuerzas

Un programa que sólo intentara regular el sistema de forma marginal estaría no sólo subdimensionado, sino que sería también poco movilizador. En sentido inverso, una perspectiva radical corre el riesgo de desanimar ante la amplitud de la tarea. Se trata de alguna forma de determinar el grado óptimo de radicalidad. La dificultad no es tanto elaborar dispositivos de orden técnico: es evidentemente indispensable y es un trabajo ampliamente adelantado, pero

ninguna medida hábil puede permitir esquivar el enfrentamiento inevitable entre intereses sociales contradictorios.

Sobre los bancos, el abanico va desde la nacionalización íntegra a la regulación, pasando por la constitución de un polo financiero público o la puesta en pie de una reglamentación muy exigente. La deuda pública puede por su parte ser anulada, suspendida, renegociada, etc. La nacionalización íntegra de los bancos y la denuncia de la deuda pública son medidas legítimas y económicamente viables, pero pueden parecer inalcanzables, debido a la correlación de fuerzas actual. Ahí se sitúa el verdadero debate: ¿cuál es, en la escala del radicalismo, la posición del cursor que mejor permite movilizar? No corresponde a los economistas zanjar este debate y por eso, más que proponer un conjunto de medidas, este artículo ha intentado plantear cuestiones de método y subrayar la necesidad, para una verdadera salida de la crisis, de tres ingredientes indispensables:

- 1) Una modificación radical del reparto de las rentas.
- 2) Una reducción masiva del tiempo de trabajo.
- 3) Una ruptura con el orden mundial capitalista, comenzando por la Europa realmente existente.

El debate no puede ser encerrado en una oposición entre antiliberales y anticapitalistas. Esta distinción tiene evidentemente un sentido, según que el proyecto sea librar al capitalismo de la finanza o librarnos del capitalismo. Pero esta tensión no debería impedir hacer un largo camino juntos, a la vez que se lleva a cabo este debate. El “programa común” podría basarse aquí en la voluntad de imponer otras reglas de funcionamiento al capitalismo. Y ésta es claramente la línea de división entre la izquierda radical de ruptura y el social liberalismo de acompañamiento. En todo caso, la tarea prioritaria para la izquierda radical es construir un horizonte europeo común que sirva de base a un verdadero internacionalismo.

18/07/2011

Michel Husson es economista. Pueden consultarse sus obras en castellano en <http://hussonet.free.fr/espanol.htm>

Traducción: Alberto Nadal para *VIENTO SUR*